

CHRISTOPHER MOORE

El monstruo que amaba  
a las gasolineras

minotauro

Título original:  
*The Lust Lizard of Melancholy Cove*

Primera edición: febrero de 2014

© Christopher Moore, 1999  
© Traducción de Miguel Antón, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014  
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0193-6  
Depósito legal: B. 565-2014  
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.  
Impresión: Huerto Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España  
*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Ésta se la dedico a mamá*



## AGRADECIMIENTOS

Gracias a los doctores Kenneth Berv y Roger Wunderlich por su asesoría en materia de enfermedades mentales y drogas psicoactivas; a Galen y Lynn Rathbun por sus conocimientos sobre biología y la información proporcionada sobre el seguimiento de ratas; a Charlee Rodgers, Dee Dee Leichtfuss y Jean Brody por la lectura y comentarios de los manuscritos; a Nick Ellison por hacer de agente; a Rachel Kayman por la paciencia y la precisión con la que afronta la edición, y, por último, a todos aquellos que quisieron compartir sus experiencias con antidepresivos y otras drogas psicotrópicas: vosotros ya sabéis quiénes sois, putos chalados. (Es broma.)



## PRÓLOGO

Septiembre en Pine Cove es un suspiro de alivio, una copita antes de retirarse al catre, una merecida siesta. La suave luz otoñal se filtra a través de los árboles, los turistas regresan a Los Ángeles y San Francisco, y los cinco mil habitantes de Pine Cove descubren al despertar que por fin encontrarán de nuevo lugares donde aparcar, o una mesa en el restaurante, y también que podrán pasear por la playa sin sufrir un mal encuentro con un *frisbee* errante.

Septiembre es una promesa. Caerá por fin la lluvia, que despertará los pastos dorados que envuelven Pine Cove; los altos pinos de Monterrey que cubren las colinas dejarán de desprenderse de sus agujas; los bosques de Big Sur dejarán de arder; la sonrisa desabrida que camareras y recepcionistas han forjado a lo largo del verano adoptará por fin las particularidades de una sincera expresión humana; los chavales volverán al cole y recuperarán la alegría de los viejos amigos, las drogas y las armas que han echado de menos durante todo el verano; y todo el mundo, por fin, descansará un poco.

Llegado septiembre, Theophilus Crowe, alguacil del lugar, corta con mimo los brotes de sus sinsemillas. Mavis, al frente del bar Cabeza de Babosa, canaliza los licores situados en el estante superior de vuelta al pozo del que salieron. Los de parques y jardines, armados con sierras mecánicas, talan los pinos y las ramas moribundas para evitar que las tormentas invernales

puedan derribarlos sobre el tejado del prójimo. Las pilas de leña se alzan y se multiplican en todos los hogares de Pine Cove, y el limpiachimeneas recupera su jornada laboral de veinticuatro horas. El protector solar y los estantes reservados a los innecesarios recuerdos de mierda que hay en la tienda de artículos de pesca de Brine, así como en Vinos Divinos, desaparecen para dar paso a velas, pilas para linternas y aceite de lámpara. (Los pinos de Monterrey se caracterizan por sus raíces, que apenas arraigan, y por la tendencia a caer sobre el tendido público.) En la Boutique de Pine Cove marcan con su precio el espantoso jersey de ciervos a la espera de que llegue la primavera, momento en que le arrancarán la etiqueta por décima vez consecutiva.

En Pine Cove, donde nada sucede (al menos donde nada ha sucedido en mucho tiempo), septiembre constituye todo un evento: una celebración tranquila. A sus habitantes les gusta que sus eventos sean así de tranquilos, entre otras cosas porque el motivo de que se trasladasen a este lugar procedentes de las ciudades fue evitar que pasaran cosas. Septiembre es una celebración de la mismidad. Cada septiembre es clavado al anterior. A excepción del presente año.

Este año han pasado tres cosas. No son nada del otro mundo si se comparan con las que suceden en la ciudad, lo cual no impide que sean tres cosas capaces de dar un vuelco al adorado *statu quo*: a sesenta kilómetros al sur se ha producido una fuga diminuta, no muy peligrosa, en un conducto de enfriamiento de la planta nuclear de Diablo Canyon; Mavis Sand ha puesto un anuncio en la revista *Songwriter* en busca de un cantante de blues que actúe todo el invierno en el bar Cabeza de Babosa; y por último Bess Leander, esposa y madre de dos hijos, se ha ahorcado.

Tres cosas, tres augurios, si preferís llamarlas así. Septiembre es la promesa de lo que está por venir.



## PRIMERA PARTE

# ADMITE QUE TIENES UN PROBLEMA

¡Ay, ay, qué cosas más raras pasan hoy! Y pensar que ayer todo sucedió como de costumbre. Me pregunto si habré cambiado durante la noche. Déjame pensar: ¿Era la misma cuando desperté esta mañana? Casi creo recordar sentirme algo distinta. Pero si no soy la misma, la siguiente pregunta es, ¿quién diantre soy? Ah, ¡he ahí el gran misterio!

LEWIS CARROLL,  
*Alicia en el País de las Maravillas*



## THEOPHILUS CROWE

Para tratarse de un cadáver, Bess Leander olía bastante bien: a lavanda, salvia y un rastro de trébol. Había siete sillas de madera colgadas de las paredes del comedor de los Leander. La octava yacía tumbada debajo de Bess, que a su vez colgaba ahorcada de una cuerda de calicó atada a un clavo. Flores secas, cestos de diversas formas y tamaños, y hatillos de hierbas secas en los huecos de las vigas.

Theophilus Crowe era consciente de que tendría que comportarse como un poli, pero se quedó allí de pinote, acompañando a los dos miembros del personal de urgencias del departamento de bomberos de Pine Cove, que contemplaban a Bess como si inspeccionaran el ángel recién puesto en un árbol de navidad. Theo pensó que el azul pastel de la piel de Bess hacía juego con el vestido azul claro y el trazado de la porcelana inglesa expuesta en los sencillos estantes de madera situados en el extremo de la sala. Eran las siete de la mañana, y Theo, como de costumbre, iba un poco fumado.

Oía los sollozos provenientes del piso de arriba, donde estaba Joseph Leander con sus dos hijas, aún en camisón. No había ni rastro de presencia masculina en toda la casa. Era el ideal campestre: suelos de madera de pino y cestos de sauce, flores, muñecas de trapo y vinagres aromatizados con flores insertadas en

botellines de vidrio; antigüedades rústicas, cacharros de cobre, bordados, ruelas, encajes y baldosas de porcelana con oraciones en holandés. No había a la vista una sola página de la sección de deportes o un mando a distancia. No había una sola cosa fuera de lugar ni una mota de polvo. Joseph Leander debía de haber pisado sin fuerzas para no dejar huella. Alguien con menos sensibilidad que Theo lo habría acusado de calzonazos.

—El tío es un calzonazos —dijo uno de los de urgencias

Se llamaba Vance McNally. Tenía cincuenta y un años, era bajito y musculoso, y se peinaba hacia atrás con gomina, igual que lo había hecho desde el instituto. De vez en cuando, puesto que formaba parte del personal que atendía en casos de urgencias, salvaba vidas, lo cual a su juicio le servía de disculpa para comportarse el resto del tiempo como un capullo.

—Acaba de encontrar a su mujer ahorcada en el comedor, Vance —le recordó Theo, que proyectaba la voz sobre las cabezas de ambos miembros del personal de urgencias.

Medía dos metros con un centímetro, y, a pesar de la camisa de franela y los pantalones cortos, era capaz de imponer su autoridad si era necesario hacerlo.

—Parece esa muñeca de trapo, Raggedy Ann —dijo Mike, el otro miembro del personal de urgencias, que tenía veinticos años y estaba nervioso ante su primer aviso de suicidio.

—He oído que era amish —añadió Vance.

—No era amish —dijo Theo.

—No he dicho que lo fuera, sino que lo he oído. He supuesto que no lo era cuando he visto la batidora en la cocina. Los amish no creen en las batidoras, ¿verdad?

—Menonitas —apuntó Mike con tanta autoridad como pudo otorgarle su juventud.

—¿Cómo?

—Así llaman a los amish con batidoras.

—No era amish —insistió Theo.

—Pues lo parece —insistió Vance.

—Bueno, su marido no es amish —dijo Mike.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Vance—. Lleva barba.

—Por la cremallera de la chaqueta —respondió Mike—. Los amish no tienen cremalleras.

Vance sacudió la cabeza.

—Estos matrimonios con mezcla de creencias siempre acaban torciéndose —se lamentó.

—¡Que no era amish! —gritó Theo.

—Piensa lo que quieras, Theo, pero en el comedor hay una batidora de mantequilla. Eso lo dice todo.

Mike acarició los arañazos que había dejado Bess en la pared con los pies al rascar con los negros zapatos de hebilla en plena convulsión.

—No toques nada —dijo Theo.

—¿Por qué? No puede echarnos la bronca, está muerta. Además nos limpiamos los zapatos antes de entrar —recordó Vance.

Mike se apartó de la pared.

—Tal vez no podía soportar que nada tocara los suelos. Y ahorcarse era el único modo.

Decidido a impedir que su protegido lo superase en cuanto a labores detectivescas, Vance dijo:

—¿Sabes? Por lo general a quienes se ahorcan se les dilata el esfínter, por tanto lo dejan todo perdido. Me pregunto si realmente se ahorcó.

—¿No tendríamos que avisar a la policía? —preguntó Mike.

—Yo soy la policía —dijo Theo.

Era el único alguacil de Pine Cove, escogido para el cargo ocho años atrás y posteriormente reelegido con carácter anual.

—Ya, me refiero a la policía de verdad —contestó Mike.

—Avisaré al sheriff por radio —dijo Theo—. No creo que haya nada que podáis hacer aquí, muchachos. ¿Os importaría decir al pastor Williams, de la iglesia presbiteriana, que se acerque? Tengo que hablar con Joseph y necesito que alguien vigile a las niñas.

—¿Son presbiterianos? —Vance parecía sorprendido porque había puesto todo su empeño en apoyar la teoría amish.

—Avisadle, por favor —insistió Theo.

Dejó a solas a los miembros del personal de urgencias y salió por la cocina en dirección al Volvo, en cuyo interior encendió la radio, ajustó la frecuencia que utilizaba el departamento de policía de San Junipero, y se sentó atento al micro. Menuda le iba a caer por todo aquello por parte del sheriff Burton.

—La costa norte es tuya, Theo. Toda tuya —le había dicho el sheriff—. Mis alguaciles detendrán a los sospechosos, atenderán las denuncias de robo, y que la patrulla de carreteras investigue los accidentes que se produzcan en la Autopista Uno, y ya está. Por lo demás, tú los mantienes lejos de Pine Cove, y así tu secretillo seguirá siéndolo.

Theo tenía cuarenta y un años, y seguía sintiéndose como quien se esconde del director del instituto. Se suponía que esa clase de cosas nunca pasaban en Pine Cove, porque en Pine Cove nunca pasaba nada.

Dio una chupada a la pipa sin humo Sneaky Pete antes de accionar el micro y llamar a los alguaciles.

Joseph Leander permanecía sentado en el borde de la cama. Se había quitado el pijama para ponerse un traje azul, pero los cuernos en los laterales de su pelo ralo delataban el hecho de que había estado tumbado. Tenía treinta y cinco años, cabello claro, delgado, pero trabajándose una barriga que tensaba los botones del chaleco. Theo se sentó en una silla frente a él, libreta en mano. Ambos oían a los alguaciles en el piso de abajo.

—No puedo creer que haya hecho algo así —dijo Joseph.

Theo extendió la mano para dar un apretón en el bíceps del afligido esposo.

—Lo siento de veras, Joe. ¿No dijo nada que pudiera indicar que se estaba planteando hacer algo así?

Joseph negó con la cabeza sin levantar la vista.

—Cada vez estaba mejor. Val le había recetado unas pastillas y parecía estar mejorando.

—¿Visitaba a Valerie Riordan? —preguntó Theo. Valerie era la única psiquiatra clínica de Pine Cove—. ¿Sabes qué clase de pastillas son?

—Zoloft —respondió Joseph—. Creo que es un antidepresivo.

Theo anotó en la libreta el nombre del medicamento.

—Entonces, ¿Bess estaba deprimida?

—No, pero tenía eso de la limpieza. Había que limpiarlo todo a diario. Ella limpiaba algo, y luego volvía a hacerlo cinco minutos después. Nos estaba haciendo la vida imposible a las niñas y a mí. Nos obligaba a quitarnos zapatos y calcetines, y a lavarnos los pies en una jofaina antes de entrar en casa. Pero no estaba deprimida.

Theo anotó «loca» en la libreta.

—¿Cuándo fue la última vez que Bess tuvo visita con Val?

—Hará unas seis semanas. Fue entonces cuando le recetó las pastillas. En seguida dio la impresión de mejorar. Hubo una noche en que incluso se dejó los platos por fregar. Hizo que me sintiera orgulloso de ella.

—¿Dónde están sus pastillas, Joseph?

—En el armario de los medicamentos. —Joseph señaló con un gesto el cuarto de baño.

Theo se disculpó para acceder al interior del servicio. El frasquito de color marrón era lo único que había en el armario de los medicamentos, aparte del desinfectante y algunas tiritas. El frasco estaba medio lleno.

—Voy a llevármelas —dijo, guardándose el frasco en el bolsillo—. Los ayudantes del sheriff te harán algunas preguntas muy similares a las que acabo de hacerte, Joseph. Tú diles lo que acabas de contarme, ¿de acuerdo?

Joseph asintió.

—Creo que tendría que hacer compañía a mis hijas.

—Unos minutos más, ¿vale? Te envío en seguida al ayudante que está a cargo de la investigación.

Theo oyó que afuera arrancaba un vehículo y se acercó a la ventana para ver a la ambulancia alejarse con las luces y la sire-

na apagadas. Llevaban el cadáver de Bess Leander a la morgue. Se volvió hacia Joseph.

—Llámame si necesitas cualquier cosa. Voy a ir a hablar con Val Riordan.

Joseph se levantó.

—Theo, no le digas a nadie que Bess tomaba antidepresivos. Ella no quería que nadie lo supiera. Se avergonzaba de ello.

—No lo haré. Llámame si necesitas cualquier cosa.

Theo salió de la habitación. Un ayudante del sheriff vestido de forma impecable lo encaró al pie de la escalera. Theo vio en la placa que llevaba colgada del cinturón que era un sargento detective.

—Usted es Crowe. John Voss. —Le tendió la mano, que Theo estrechó—. Se supone que nosotros debemos hacernos cargo de la investigación a partir de este momento —añadió Voss—. ¿Qué ha averiguado?

Theo se sintió a la vez aliviado y ofendido. El sheriff Burton iba a apartarlo del caso sin siquiera hablar con él.

—Nada de interés —dijo Theo—. Los llamé por radio diez minutos después de recibir el aviso. Dice Joseph que no estaba deprimida, pero que se estaba medicando. La encontré cuando bajó a desayunar.

—¿Ha echado un vistazo? —preguntó Voss—. Este lugar está limpio como una patena. No hay una sola mota de polvo por ninguna parte. Es como si alguien hubiera limpiado a conciencia la escena del crimen.

—Eso era cosa de ella —contestó Theo—. Era una maniática de la limpieza.

Voss acogió la información con incredulidad.

—¿Dice que limpió la casa antes de ahorcarse? Vamos, hombre.

Theo se encogió de hombros. No le gustaban nada esas cosas de polis.

—Me voy a acercar para hablar con su psiquiatra. Ya le pondré al corriente de lo que averigüe.



—No hable con nadie, Crowe. Este caso es mío.

Theo esbozó una sonrisa.

—De acuerdo. Pero se ahorcó, y no hay nada más. No lo convierta en algo que no es. La familia está muy dolida.

—Soy un profesional —contestó Voss, pronunciando las palabras como un insulto, como si con ello hubiera que inferir que Theo estaba metiendo las narices en asuntos policiales, lo cual, en cierto modo, era exactamente lo que hacía.

—¿Ha comprobado el ángulo amish de la investigación? —preguntó Theo, intentando que su expresión no lo delatara.

Quizá no debía haber fumado nada ese día.

—¿Cómo?

—Calle, pero qué me digo. Si aquí el profesional es usted —dijo Theo—. Lo olvidaba. —Y salió de la casa.

Ya en el Volvo, Theo sacó el delgado listín telefónico de Pine Cove del compartimento de la guantera para buscar el número de la doctora Valerie Riordan, cuando recibió una llamada por radio. Una pelea en el bar Cabeza de Babosa. Eran las ocho y media de la mañana.

## Mavis

Se rumoreaba entre los parroquianos del bar Cabeza de Babosa que bajo la piel manchada, flácida y arrugada de Mavis Sand se ocultaba el reluciente esqueleto metálico de un Terminator. Mavis empezó a mejorar sus componentes a los cincuenta, al principio por vanidad: los pechos, las pestañas, el pelo. Más tarde, a medida que fue envejeciendo y el concepto de conservarse la eludió por completo, pasó a hacer que le sustituyeran los componentes a medida que éstos dejaban de funcionar, hasta que casi la mitad de su peso corporal acabó compuesto de acero inoxidable (caderas, hombros, codos, articulaciones de los de-

dos, varillas intercaladas entre las vértebras cinco a doce), membranas de silicona (ayuda para audición, marcapasos, bomba de insulina), resinas de polímeros avanzados (lentes de reemplazo de cataratas, dentaduras), tejido de kevlar (refuerzo de pared abdominal), titanio (rodillas y tobillos) y cerdo (válvula ventricular del corazón). De hecho, si no llega a ser por la válvula de cerdo, Mavis habría pasado por completo de la especie animal a la especie mineral, sin la tradicional parada en la clase vegetal por la que pasa la mayoría. Los borrachos más imaginativos del Cabeza de Babosa (quienes apenas superaban la categoría de vegetales) juraban por lo más sagrado que a menudo, entre canción y canción de la gramola, podían oírse los potentes zumbidos que emitían los servomotores que desplazaban a Mavis tras la barra. Mavis procuraba no aplastar latas de cerveza ni empujar barriles en presencia de los clientes, para evitar dar alas a todos aquellos rumores y arruinar por completo su inexistente imagen de vulnerabilidad femenina.

Cuando Theo entró en el Cabeza de Babosa, vio a la ex reina de las gritonas Molly Michon tendida en el suelo, con los dientes en torno a la pantorrilla de un hombre canoso que gritaba como un gato al que acaban de pisar. Mavis se hallaba entre ambos, blandiendo el bate modelo Louisville Slugger, dispuesta a batear a cualquiera de ellos fuera del campo.

—Theo —gritó Mavis—, tienes diez segundos para sacar a esta loca de mi bar antes de que le esparza los sesos.

—No, Mavis.

Theo echó a correr y apartó el bate que empuñaba Mavis, al tiempo que se tanteaba el bolsillo trasero en busca de las esposas. Arrancó las garras de Molly del tobillo del tipo y la esposó a la espalda. Los gritos del hombre canoso subieron un tono.

Theo se acuclilló para susurrar a oídos de Molly:

—Suéltalo, Molly. Tienes que soltarle la pierna.

Un sonido animal emanó de la garganta de Molly y burbujeó a través de la sangre y la saliva.

Theo le apartó el pelo del rostro.

—No puedo solucionar el problema si no me cuentas de qué se trata, Molly. Mientras tengas la pierna de este hombre en la boca no podré entender lo que dices.

—Apártate, Theo —lo advirtió Mavis—. Voy a despararmarle los sesos.

Theo apartó a Mavis con un gesto. El hombre canoso aumentó aún más el tono de los gritos.

—¡Eh! —gritó Theo—. Cállese. ¿No ve que estoy intentando mantener una conversación?

El hombre canoso moderó el tono de los gritos.

—Mírame, Molly.

Theo vio que uno de los ojos azules se apartaba de la pierna y la sed de sangre desaparecía sin dejar rastro. Había logrado captar su atención.

—Muy bien, Molly. Soy yo, Theo. A ver, ¿cuál es el problema?

Ella escupió la pierna del hombre y se volvió para encarar a Theo. Mavis ayudó al cliente a alcanzar uno de los taburetes.

—Sácala de aquí —dijo Mavis—. Esta vez se ha pasado de la raya. No quiero volver a verla.

Theo no apartó la vista de Molly.

—¿Te encuentras bien?

Ella cabeceó en sentido afirmativo. Le discurría un rastro de saliva ensangrentada por la barbilla. Theo tomó una servilleta de papel para limpiarla, procurando mantener los dedos lo más lejos posible de su boca.

—Ahora voy a ayudarte a levantarte, y luego saldremos para hablar de todo esto, ¿de acuerdo?

Molly asintió de nuevo, y Theo la ayudó a ponerse en pie antes de dirigirla hacia la puerta.

—¿Se encuentra bien? ¿Necesita un médico? —preguntó volviéndose hacia el hombre canoso.

—Yo no le he hecho nada. Nunca había visto a esa mujer. Sólo he parado aquí a echar un trago.

Theo miró a Mavis en busca de confirmación.

—Le ha tirado los trastos —respondió Mavis—. Pero eso

no es excusa. Cualquiera chica tendría que agradecer la intención. —Se volvió para sacudir las falsas pestañas ante el hombre mordido—. Yo sabría agradecerte la intención, ricura.

El hombre mordido miró a su alrededor, presa del pánico.

—No, estoy bien. Nada de médicos. Estoy perfectamente. Mi mujer me espera.

—Si de veras se encuentra bien... —dijo Theo—. ¿No quiere poner una denuncia?

—No, ha sido un malentendido. Abandonaré el pueblo en cuanto la saque usted de aquí.

Hubo un suspiro generalizado de decepción procedente de los parroquianos habituales, que habían hecho apuestas sobre quién sería objeto de las caricias del bate de Mavis.

—Gracias —contestó Theo, dirigiendo a Mavis un guiño subrepticio antes de conducir a Molly a la calle, disculpándose cuando se cruzaron en la puerta con un anciano de raza negra que entraba en el local con una funda de guitarra.

—Supongo que una vez que se le acaban las palabras dulces y el licor, un hombre no tiene más remedio que adoptar medidas más contundentes —apuntó el hombre negro, dirigiéndose a la barra con una sonrisa deslumbrante—. ¿Alguien andaba buscando a un bluesman?

## **Molly Michon**

Theo introdujo a Molly en el asiento del pasajero del Volvo. Ella se sentó cabizbaja, con la imponente melena de pelo rubio con vetas grises colgándole sobre el rostro. Llevaba un jersey verde dos tallas mayor, y una deportivas de caña alta, una roja y otra azul. Podía tener treinta o cincuenta años, y cada vez que Theo la recogía declaraba una edad distinta.

Theo rodeó el vehículo y, una vez sentado al volante, dijo:

—¿Sabes, Molly? Cuando muerdes a un tipo en la pierna, no sólo te conviertes en un peligro para el prójimo, sino para ti misma. ¿Se te había ocurrido pensarlo?

Ella asintió, sorbiendo los mocos. Una lágrima se precipitó sobre el jersey desde la mata de pelo, dejando un lamparón.

—Antes de arrancar el coche, necesito asegurarme de que te has calmado. ¿Voy a tener que sentarte detrás?

—No ha sido un ataque —dijo Molly—. Ha sido en defensa propia. Quería un trozo de mí. —Levantó la cabeza y se volvió hacia Theo, pero el cabello seguía cubriéndole el rostro.

—¿Estás tomando tus fármacos?

—Medicación, lo llaman medicación.

—Perdona —se disculpó Theo—. ¿Te estás tomando la medicación?

Ella asintió.

—Quítate el pelo de la cara, Molly. Apenas te entiendo.

—Estoy esposada, listillo.

Theo estuvo a punto de darse una palmada en la frente. ¡Qué idiota! Tenía que dejar de ir fumado al trabajo. Extendió el brazo y le apartó con cuidado el pelo de la cara, dejado al descubierto una expresión divertida.

—No tienes por qué andarte con tanto cuidado. No muerdo. Theo sonrió.

—De hecho...

—Que te jodan. ¿Vas a llevarme a la comisaría del condado?

—¿Debería?

—Volveré en setenta y dos horas, y la leche de la nevera se echará a perder.

—Uy, en ese caso será mejor que te acerque a casa.

Arrancó el coche y dio la vuelta a la manzana para regresar al aparcamiento de caravanas Caña Mosca. Habría tomado un camino alternativo de haber podido para ahorrarle la vergüenza a Molly, pero Caña Mosca estaba frente a Cypress, la calle mayor de Pine Cove. Cuando pasaron por delante, las personas que salían de sus vehículos se volvieron para mirar. Molly les dirigió unas muecas a través de la ventanilla.

—Eso no ayuda, Molly.

—Que se jodan. Los fans quieren algo, cualquier cosa mía. Eso puedo dárselo. Mientras conserve el alma.

—Muy generoso por tu parte.

—Si tú no fueras un fan, no te dejaría hacer esto.

—Pues sí, lo soy. Uno de tus mayores fans. —De hecho, nunca había oído hablar de ella hasta la primera vez que lo avisaron para llevársela de la cafetería H.P., donde la había tomado con la cafetera porque no dejaba de mirarla.

—Nadie lo entiende. Todo el mundo quiere un trozo de ti, hasta dejarte sin nada. Incluso la medicación te arrebató un pedazo. ¿Tienes idea de a lo que me refiero?

Theo se volvió hacia la mujer.

—El miedo al futuro me paraliza de tal modo que la única manera de seguir adelante es con ingentes cantidades de drogas y negación.

—Ostras, Theo, te veo jodido.

—Gracias.

—No puedes ir por el mundo diciendo locuras como ésa.

—Normalmente no lo hago. Ha sido un día de locos.

Giró para encarar el aparcamiento de caravanas Caña Mosca. Veinte caravanas asomaban sobre la orilla del arroyo de Santa Rosa, por el que discurría un hilo de agua tras un verano largo y seco. Una arboleda de cipreses ocultaba el aparcamiento de caravanas de la calle mayor y la visión de los turistas que pasaban por allí. La cámara de comercio había obligado al propietario del aparcamiento a retirar la señal de la entrada. Caña Mosca era un oscuro y sucio secretillo de Pine Cove que todo el mundo guardaba bien.

Theo frenó ante la caravana de Molly, una reliquia de los años cincuenta de un único espacio con ventanucos pequeños y chorretones de herrumbre que caían del techo. Sacó a Molly del coche y le quitó las esposas.

—Voy a hablar con Val Riordan —dijo Theo—. ¿Quieres que le pida que te encargue algo en la farmacia?

—No, tengo mi medicación. No me gusta, pero tenerla la

tengo. —Se frotó las muñecas—. ¿Por qué vas a ver a Val? ¿Te estás volviendo loco?

—Probablemente, pero es por trabajo. ¿Vas a estar bien?

—Tengo que estudiar mi diálogo.

—Claro. —Theo le dio la espalda, pero se volvió en seguida—. Molly, ¿qué hacías en el bar a las ocho de la mañana?

—Y yo qué sé.

—Sabes que si el tipo del bar hubiese sido de por aquí, habría tenido que llevarte a la comisaría, ¿verdad?

—No me ha dado ningún ataque. Ese hombre quería un pedazo de mí.

—Mantente alejada del bar por un tiempo. Quédate en casa. No salgas más que para hacer la compra, ¿vale?

—¿No hablarás con la prensa amarilla?

Theo le tendió una tarjeta.

—La próxima vez que alguien intente hacerse con un pedazo de ti, llámame. No me separo del teléfono móvil.

Ella se subió el jersey para introducir la tarjeta bajo la goma del panty, y después, sin soltar el borde del jersey, se dirigió a su caravana con cierta parsimonia. Treinta o cincuenta, bajo el jersey aún conservaba el tipo. Theo la vio andar, olvidando por un instante quién era.

—¿Y si eres tú, Theo? —preguntó ella sin volverse—. ¿A quién aviso entonces?

Él sacudió la cabeza como un perro que intenta librarse del agua que se le ha metido en el oído. Después subió al Volvo. «Llevo mucho tiempo solo», pensó mientras conducía.

## EL MONSTRUO MARINO

Los conductos de enfriamiento de la planta nuclear de Diablo Canyon estaban fabricados con el mejor acero inoxidable. Antes de su instalación, los sometieron a pruebas de rayos X y ultrasonido, y, después de colocarlos, también sometieron las soldaduras a rayos X y a toda clase de comprobaciones. El vapor radiactivo de la central se instalaba en los conductos, que lo filtraban en un recipiente de enfriamiento de agua marina, desde donde se vertía con seguridad al Pacífico. Pero Diablo había sido construida con prisas en los años setenta, en la época que estalló el temor ante la posibilidad de que hubiera escasez de energía. Los operarios trabajaron en turnos dobles, incluso triples, empujados por la codicia y la cocaína, y los inspectores que operaban la maquinaria de rayos X no se quedaron atrás. Pasaron una por alto. No se trató de un error de bulto, sino más bien de una diminuta filtración. Inapreciable. Una fuga inofensiva de radiación de baja intensidad que se mezclaba con el resto y se disipaba sin causar daños en el oleaje, hasta que incluso el instrumental más sensible la pasaba por alto. Pero la filtración no pasó del todo desapercibida.

En una honda fosa situada frente a California, cerca de un volcán sumergido donde las aguas alcanzaban una temperatura de setecientos grados Fahrenheit y las fumarolas negras escu-



pían nubes de sopa mineral, despertó una criatura de su largo, largo sueño. Los ojos del tamaño de bandejas guiñaron para librarse de los sedimentos y despejarse tras años de letargo. Era instinto, sentido y memoria: el cerebro de la Bestia Marina. Recordaba haber devorado los restos de un submarino nuclear soviético hundido: submarinistas carnosos y bajitos, la presión aflojó las carnes, todo ello marinado con fuerte salsa radioactiva. La memoria despertó a la bestia, y, como un niño a quien saca de debajo de las sábanas el olor a panceta en la sartén, sacudió la enorme cola, se apartó del suelo oceánico e inició el lento ascenso hacia la corriente poblada por succulentas presas. Una corriente que discurría ante la costa de Pine Cove.

## **Mavis**

Mavis apuró de un trago el chupito de Bushmills para sacudirse la frustración de no haber sido capaz de arrear a nadie con el bate de béisbol. En realidad no estaba molesta por que Molly hubiese mordido a un cliente. Después de todo, era un turista y tan sólo superaba a los ratones de las paredes por llevar una cartera llena de dinero. Tal vez el hecho de que algo hubiese sucedido por fin en el bar Cabeza de Babosa estimularía el negocio. La gente se enteraría de lo sucedido, y Mavis podría contar, exagerar, estirar el relato hasta que cada cliente se tomase tres bebidas antes de terminar.

El negocio había ido de capa caída en los últimos dos años. La gente ya no acudía al bar con sus problemas. Cada tarde había tres o cuatro tipos a quienes servía cerveza tras cerveza, mientras ellos vertían sus corazones en la barra, con tal baja estima que se hubieran fracturado una vértebra para evitar ver su propio reflejo en el enorme espejo que colgaba tras la barra. Cada noche, los taburetes se llenaban de gente que se quejaba y gruñía y

se lamentaba sin cesar, y que tan sólo tomaba un respiro para anadear hacia el cuarto de baño o sacrificar veinticinco centavos en la amplia selección de canciones que hablaban sobre auto-compasión de la gramola. La tristeza vendía mucho alcohol, y de un tiempo a esta parte escaseaba. Mavis culpaba a la boyante economía, a Val Riordan y a la verdura introducida en la dieta, y combatía a los molestos invasores organizando la hora feliz del dos por uno y preparando aperitivos ricos en grasas, porque se suponía que el propósito de la hora feliz era purgar la felicidad, ¿o no? Todos sus esfuerzos tan sólo servían para reducir sus beneficios a la mitad. Si Pine Cove ya no era capaz de producir infelicidad, tendría que importarla, razón por la que había puesto un anuncio en el que solicitaba un cantante de blues.

El anciano hombre de raza negra llevaba gafas de sol, sombrero de cuero, un traje negro de lana que había conocido tiempos mejores y que era demasiado grueso para el tiempo que hacía, tirantes rojos sobre la camisa hawaiana con estampado de jóvenes nativas semidesnudas, y gastados zapatos bitono. Puso la funda de guitarra en la barra y se sentó en un taburete.

Mavis lo miró con suspicacia y encendió un Tarryton 100. De joven la habían enseñado que no debía confiar en la gente de raza negra.

—¿Qué le apetece?

Él se quitó el sombrero, dejando al descubierto una calva reluciente que brillaba como un cacahuete.

—¿Hay vino?

—¿El tinto barato y malo o el blanco barato y malo? —Mavis basculó el peso en la otra pierna, lo cual dio pie a un zumbido metálico.

—Veo que la bodega barato y malo ha ampliado su negocio. Antes sólo tenían un sabor.

—¿Tinto o blanco?

—El más dulce, dulzura.

Mavis estampó un vaso en la barra y vertió en él un líquido amarillo de una jarra helada que había en la nevera.

—Eso son tres pavos.

El hombre de raza negra extendió la mano, uñas gruesas y afiladas que rascaron la superficie de la barra, dedos largos como tentáculos, a la caza, la mano como un animal marino atrapado en la fuerza del oleaje, pero no alcanzó el vaso por escasos centímetros.

Mavis lo empujó hasta su mano.

—¿Ciego?

—No, es que esto está muy oscuro.

—Pues quítese esas gafas, memo.

—No puedo hacer eso, señora. Las gafas de sol van con el oficio.

—¿Qué oficio? Espero que no se ponga a vender lápices aquí dentro. No soporto a los pedigüenos.

—Soy bluesman, señora. He oído que usted busca uno.

Mavis miró la funda de la guitarra, y después observó al hombre negro de las gafas de sol, las uñas largas de la mano derecha, y las cortas, los dedos nudosos y los callos en las puntas de los dedos de la zurda.

—Debí imaginarlo —respondió—. ¿Tiene experiencia?

Rió. Una risa que nacía en lo más hondo y que sacudía sus hombros a medida que ascendía, antes de salir por su garganta como el humo del motor que abandona el tubo de escape.

—Dulzura, tengo más experiencia que un autocar lleno de rameras. El polvo ya no se posa en los hombros de Pez gato Jefferson desde que Dios lo puso en esta enorme bola de polvo. Así me llaman, Pez gato.

Mavis pensó que estrechaba la mano como una nenaza, tan sólo le dejó apretar las puntas de los dedos. Ella solía hacer lo mismo antes de que le reemplazaran las articulaciones artríticas. No quería tener a un anciano bluesman artrítico en su negocio.

—Necesito a alguien esta navidad. ¿Puede quedarse tanto tiempo o lo cubrirá el polvo?

—Supongo que podría tomármelo con un poco de calma. Hace demasiado frío para ir al este. —Miró alrededor del bar, intentando distinguir algo a través del humo y las gafas de sol, y luego se volvió hacia ella—: Sí, tal vez podría despejar mi

agenda si... —momento en que sonrió, y Mavis distinguió un diente de oro con una nota musical grabada en su superficie—. Si la paga es adecuada.

—Una habitación, comida y un porcentaje de los ingresos. Cuantos más clientes traiga, más dinero para usted.

Él lo meditó, rascándose la mejilla donde la canosa barba de días sonó como un cepillo de dientes al rascar un papel de lija.

—No, dulzura, tú los traerás. Volverán en cuanto escuchen cómo toca Pez gato. Veamos, ¿qué porcentaje tiene usted en mente?

Mavis le acarició la pelusa de la barbilla, que estiró hasta alcanzar toda su extensión.

—Tengo que oírle cantar.

Pez gato asintió.

—Eso puedo hacerlo.

Abrió los cierres de la funda de guitarra y sacó la reluciente caja de la National. En el bolsillo pescó un tubo metálico que deslizó con un gesto ágil en el meñique de la zurda. Tocó un acorde para afinar, deslizó el tubo del quinto al noveno y lo clavó ahí, la nota aguda, llorosa.

Mavis olió a algo similar al mohó, al musgo, quizá, un cambio de la humedad. Aspiró y miró a su alrededor. Hacía quince años que era incapaz de oler nada.

Pez gato esbozó una sonrisa torcida.

—El Delta —dijo.

Empezó a tocar un blues de doce compases, interpretando la línea de bajos con el pulgar, y arrancando las notas llorosas y agudas con el tubo, columpiando el cuerpo en el taburete, mientras la luz del anuncio de neón de Coors proyectaba colores en el reflejo de las gafas de sol y de la calva.

Los clientes habituales que había de día levantaron la vista de sus bebidas, dejaron de medrar un instante y Ecurridizo McCall falló al alcanzar la bola número ocho con el taco, un tiro fácil, lo cual no le sucedía casi nunca.

Y Pez gato se puso a cantar, primero con voz aguda, luego con voz grave, rasposa.

En la costa hay una vieja que dirige un bar.  
No te miento: hay una vieja que en la costa dirige un bar.  
Pero cuando te mete bajo las sábanas,  
la vieja te convierte el pan en mazapán.

Entonces calló.

—Contratado —espetó Mavis, sacando de la nevera la jarra de blanco malo y barato. Sirvió un poco en el vaso de Pez gato y dijo—: Invita la casa.

Justo entonces se abrió la puerta y un rayo de sol irrumpió en la negrura y el humo y el blues residual. Vance McNally, miembro del equipo de urgencias, entró y dejó la radio encima de la barra.

—¿Sabéis qué? —anunció, dirigiéndose a nadie en particular—. Esa mujer peregrina se ha ahorcado.

Un rumor grave se alzó entre los parroquianos. Pez gato guardó la guitarra en la funda y levantó el vaso de vino.

—Veo que en este pueblucho los días malos arrancan temprano. Salud.

—Salud —contestó Mavis con la carcajada propia de una hiena hecha de acero inoxidable.

## **Valerie Riordan**

La depresión arroja una tasa de mortalidad del 15 por ciento. El 15 por ciento de todos los pacientes que padecen una fuerte depresión acabará suicidándose. Estadística. Números fríos en una ciencia muy sentimental. 15 por ciento. Muertos.

Val Riordan se había repetido esa cifra desde que había recibido la llamada de Theophilus Crowe, pero no le hacía sentirse mejor por lo que había hecho Bess Leander. Val nunca había perdido un paciente. Y Bess Leander no estaba deprimida de verdad, ¿o sí? Bess no encajaba en aquel 15 por ciento.

Val fue a su despacho, situado en la parte trasera de la casa, y sacó el historial de Bess Leander, antes de regresar al comedor, donde aguardó la llegada del agente Crowe. Al menos Crowe residía allí, y no era uno de los sheriff del condado. Siempre podía alegar la confidencialidad con el paciente. Lo cierto era que no tenía la menor idea de por qué Bess Leander se había ahorcado. Sólo había visto a Bess en una ocasión, y no pasó de la media hora. Val había diagnosticado, extendido la receta y aceptado el cheque por la sesión de una hora. Bess la había llamado dos veces, habían charlado unos minutos, y Val le había enviado una minuta por el tiempo que redondeó a un cuarto de hora.

El tiempo es oro. A Val Riordan le gustaban las cosas bonitas.

Sonó el timbre de la puerta. Las campanas de Westminster. Val atravesó el salón hasta el vestíbulo de mármol. En el reflejo del cristal opaco de la puerta se dibujaba una silueta alta y delgada. Theophilus Crowe. Val no lo conocía personalmente, pero sabía quién era. Tres ex novias de Crowe habían sido pacientes suyas. Abrió la puerta.

Vestía tejanos, calzaba bambas y llevaba una camisa gris con hombreras negras que en tiempos tal vez formasen parte de un uniforme. Estaba recién afeitado, con el pelo largo y rubio recogido en una pulcra coleta. Un tipo con buen aspecto que en cierto modo recordaba a Ichabod Crane. Val supuso que iba fumado. Sus novias la habían puesto al corriente de sus hábitos.

—Doctora Riordan —dijo—. Soy Theo Crowe. —Le tendió la mano.

—Aquí todos me llaman Val —contestó ella, estrechándole la mano—. Me alegro de conocerle. Entre, por favor. —Hizo un gesto hacia el salón.

—Es un placer conocerla —respondió Theo como si se le acabara de ocurrir cuál era la fórmula adecuada—. Lamento las circunstancias. —Se quedó en el extremo del vestíbulo de mármol, como temiendo pisar la alfombra blanca.

Ella pasó por su lado y se sentó en el sofá.

—Siéntese, se lo ruego —dijo señalando una de las sillas Hepplewhite.

Él se sentó.

—No estoy muy seguro de por qué he venido, exceptuando el hecho de que Joseph Leander no parece saber por qué Bess la visitaba.

—¿No ha dejado una nota? —preguntó Val.

—No. Nada. Joseph bajó a desayunar esta mañana y la encontró ahorcada en el comedor.

A Val el estómago le dio un vuelco. No había llegado a componerse una imagen de la muerte de Bess. Hasta ese momento no era más que un conjunto de palabras pronunciadas a través del teléfono. Apartó la vista de Theo para mirar en torno a la sala, en busca de algo que pudiera borrar aquella imagen.

—Lo siento —se disculpó Theo—. Esto debe de ser muy duro para usted. Me preguntaba si hay algo que Bess pueda haber dicho durante la terapia que pueda arrojar una pista.

«Quince por ciento», pensó Val.

—La mayoría de los suicidas dejan una nota —dijo—. A esa altura de la depresión, ya no les interesa lo que pase tras su muerte. Sólo quieren que cese el dolor.

Theo asintió.

—¿Entonces Bess estaba deprimida? Joseph dice que parecía haber mejorado.

Val buscó una respuesta en sus conocimientos de la materia que dominaba. En realidad no había diagnosticado a Bess Leander, tan sólo le había recetado algo que pensó que le haría sentirse mejor.

—En psiquiatría, el diagnóstico no siempre es exacto, Theo. Bess Leander era un caso complejo. Sin comprometer la confidencialidad médico-paciente, puedo decirle que Bess sufría de un caso de desorden obsesivo compulsivo, y ése era el motivo de que la hubiera tratado.

Theo sacó el frasco del bolsillo de la camisa y leyó la etiqueta.

—Zoloft. ¿No es un antidepresivo? Lo sé porque salía con una mujer que lo tomaba.

«¿No me digas?», pensó Val. «De hecho, llegaste a salir al menos con tres mujeres que lo tomaban.»

—El Zolof es un antidepresivo como el Prozac. Se recomienda para ciertas enfermedades. Con el desorden obsesivo compulsivo la dosis suele ser mayor. —«Eso, ahora ponte clínica. Atúrdelo con palabrería médica.»

Theo agitó el frasco.

—¿Podría alguien sufrir una sobredosis o algo parecido? He oído que a veces la gente se pasa tres pueblos con estas cosas.

—Eso no es necesariamente cierto. Los antidepresivos, como el Prozac, se recetan a menudo a pacientes que padecen una fuerte depresión. El 15 por ciento de los pacientes deprimidos se suicida. —Bueno, ya lo había dicho—. Los antidepresivos son una herramienta que acompaña la terapia de la conversación, que los psiquiatras empleamos para ayudar al paciente. A veces no basta con estas herramientas. Como sucede con cualquier terapia, una tercera parte mejora, otra tercera parte empeora, y una tercera parte sigue igual. Los antidepresivos no son la panacea. —«Pero tú los recetas como si lo fueran, ¿no, Val?»

—Pero usted ha dicho que Bess Leander padecía un trastorno obsesivo compulsivo, no ha hablado de depresión.

—Alguacil, ¿alguna vez le ha dolido el estómago cuando estaba constipado?

—O sea, que ella estaba deprimida.

—Sí, estaba deprimida al mismo tiempo que sufría de un trastorno obsesivo compulsivo.

—¿Y no pudo deberse a la medicación?

—Para serle sincera, ni siquiera sé si ella la tomaba. ¿Las ha contado?

—Uy, no.

—Los pacientes no siempre se toman la medicación que se les receta. No hacemos análisis de sangre para trastornos obsesivos compulsivos.

—Claro —dijo Theo—. Supongo que lo averiguaremos cuando lleven a cabo la autopsia.

Otra imagen terrible cruzó por la mente de Val: Bess Leander en una mesa de autopsia. La parte visceral de la medicina siempre la había superado. Se levantó.



—Querría haberle sido de más ayuda, pero a decir verdad Bess Leander nunca dio indicios de que pudiera llegar a suicidarse. —«Al menos esto es verdad.»

Theo se levantó también, consciente de que la conversación había llegado a su fin.

—Bueno, gracias. Lamento haberla molestado. Si se le ocurre algo, ya sabe, cualquier cosa que pueda decirle a Joseph para que se sienta mejor...

—Lo siento. Eso es todo lo que sé. —15 por ciento. 15 por ciento. 15 por ciento.

Lo acompañó a la puerta. Él se dio la vuelta antes de marcharse.

—Una cosa más. Molly Michon es paciente suya, ¿verdad?

—Sí. De hecho es paciente del condado, pero acepté tratarla a cambio de reducir mis honorarios debido a lo lejos que están las instalaciones del condado.

—Tal vez deba interesarse por ella. Esta mañana ha agredido a un hombre en el bar Cabeza de Babosa.

—¿Está detenida?

—No, la he llevado a casa. Al final logró calmarse.

—Gracias, alguacil. La llamaré.

—Muy bien, entonces me despido.

—Alguacil —lo llamó—. Esas pastillas que tiene, el Zoloft, no es precisamente un fármaco recreativo.

Aunque Theo tropezó un poco al bajar la escalera, se recuperó.

—Claro, doctora. Ya lo había supuesto cuando vi el cadáver colgando del salón. Intentaré no engullir las pruebas.

—Adiós —se despidió Val.

Cerró la puerta y rompió a llorar. 15 por ciento. Tenía a mil quinientos pacientes en Pine Cove sometidos a uno u otro antidepresivo. El 15 por ciento de esa cifra correspondía a unos doscientos muertos. No podría soportarlo. No permitiría que su desidia desembocara en la muerte de un solo paciente más. Si los antidepresivos no podían salvarlos, tal vez ella lo haría.